Carta a la alcaldesa

Por **M^a Antonia Montoro Marín**

Estimada alcaldesa, he pasado ocho días en Yeste, lugar que era desconocido para mí, visitando distintas zonas y rincones que alberga, así como algunos parajes que lo rodean. No he podido dejar de pensar en otra cosa que hacerle partícipe de mi opinión, respecto a las condiciones tan difíciles en que se encuentra la circulación dadas las reducidas dimensiones de casi todas las calles. No tengo conocimientos de Urbanismo, pero creo que se debe poner en marcha un arreglo que elimine el caos que invade cualquier zona por la falta de orden circulatorio. Presencí casos de peligro para los peatones de cualquier edad, pues los coches son más importantes que l@s ciudadan@s.

Si se arreglase el tráfico, habría una expansión del comercio, turismo, etc., en beneficio de ese pueblo y sus vecinos.

Creo que, si pensara en volver a Yeste, primero me informaría de si se ha producido algún cambio en la mejora de las circunstancias que le he descrito.

Gracias por su atención

¿Qué es EMOCIÓN?

Por **Elisabeth, una yestera emocionada**

Emoción es levantarse el día 23 por la mañana con la Diana de Yeste. Prepararse el cubata de la noche y meterlo a granizar para hacer más amena la subida a la ermita de San Bartolomé. Llegar al llano y ver de lejos cómo vienen las vacas y toros acompañados de los caballos y a la vez, ver el primer encierro.

Emoción es echarse la siesta pensando en que la noche va a ser larga y emocionante. (Solo con leerlo ya me pongo nerviosa).

Emoción es juntarte con los tuyos en la puerta del Hotel o Marcelino o La Ferretería y no poder encontrarte con nadie de la gente que hay.

Emoción es sentarte al lado de un romero y ver subir en la oscuridad la sombra de nuestro santo patrón San Bartolomé.

Emoción es verlo entrar en su ermita con su alhábega y poder alabarle hasta quedarte mudo. Y celebrar su santo como él se merece.

iiiVIVA SAN BARTOLOMÉ,
VIVA NUESTRO SANTO PATRÓN!!!

Hace 50 años

Por **Guillermo Martínez Torres**

“El marido de la Galinda chica”

Aquel año de 1969 había conocido a una chica de la que me enamoré locamente y a la que todo el mes de julio estuve cortejando en Torrevieja. Pero llegó el mes de agosto y mi juvenil conquista desapareció, su familia veraneaba en Yeste.

¡Dios mío! Qué iba a ser de mí. ¡Yeste! ¿Dónde está eso? “En Valencia, Guillermo”, no, eso es Chestre. Yeste, provincia de Albacete. “Corriendo un mapa, por favor”.

Realmente Yeste estaba en un rincón, y yo, 20 años y ni un cuarto en el bolsillo. Pero estaba escrito que aquella chica era para mí y que yo tenía que encontrarme con Yeste.

Quiso el destino que ese mismo mes me comunicaran que un poema mío había ganado un concurso universitario y que iba parejo a la suma de... ¡5.000 pesetas! ¡Qué fortuna! Yeste a la mano.

Mi amigo Juan y yo, cogimos la Bultaco Metralla, y de buena mañana, el día 23 de agosto de aquel año, con camiseta y sin casco, pero con 5000 pelás en el bolsillo, salimos de Elche (Alicante) camino de lo desconocido.

Fue duro, que digo duro, fue heroico. Aquellos 200 y pico kilómetros subidos en nuestra jaca de dos tiempos anestesiaron definitivamente nuestros traseros. Cuando pasamos Elche de la Sierra: “No queda nada, Juan”. Curvas, curvas, curvas, curvas, curvas. “Guillermo, nos hemos perdido, por aquí no está ese pueblo”. Y de pronto, vi por primera vez El Santo: “Llegas a Yeste, estás en tu casa”.

Había mucha gente, barullo y empujones. Llamé al número de teléfono 29: “No señor, Dulce no está”. Aquí no conocía a nadie, así que nos metimos en mitad de la Calle Ancha a buscar entre el gentío y allí estaba, mirándome pasmada “Pero ¿qué hace este aquí?”. Después de cenar un bocadillo de salchichón, a Juan y a mí nos subieron al Santo, y sentí la sierra oscura bajo mis pies, y las luces blancas, rojas y amarillas, y la silueta negra del Santo con su cuchillo en la mano, el olor a romero y el fresco en la piel. Había encontrado a Yeste.

Aquella noche hubo misa y jotas, y tiragarrote, y personas amables que nos invitaban a mistela. Yo supe entonces que Yeste era mío.

Han pasado 50 años, y aquí sigo, con asiento en la Calle San Marcos, subiendo a Llano Majano, bailando La Diana, y oliendo a alhábega, con el orgullo y satisfacción de que mi hija pequeña, con 35 años, cada vez que viene a Yeste diga: “Me voy a mi pueblo”.